

Texto para el catálogo de la Exposición Buuuu!, Galería BECH, Santiago, Chile.

Text for the catalogue of the exhibition Buuuu!, BECH gallery, Santiago, Chile.

** Spanish only.*

Un Bosquecito Ominoso **Jorge Opazo**

Eso me pareció de repente. Un bosquecito de personas, todas orientadas hacia el mismo escenario. Eran como tronquitos talados a pocos centímetros del suelo. Estaban totalmente hipnotizados por el espectáculo que tenían al frente. Las caritas preocupadas, como congeladas por la emoción, parecían mascarar. De hecho había algunos con caretas plásticas de animales, de superhéroes, de robots o de monstruos. Así, me encontraba presenciando a un público de niños que, a su vez, presenciaba una función de títeres. Una función dentro de otra, donde había máscaras y muecas dentro y fuera del escenario. Una situación especular que llamó poderosamente mi atención. La escena se complicó cuando, de improviso, me pareció estar asistiendo a una segunda función de muñecos. Como autómatas perfectamente coordinados, los niños seguían un programa de acción digitado hábilmente desde el escenario. Todos a la vez, reían, gritaban, se sorprendían, cuando alguno de los títeres hacía o preguntaba algo. Sin saber como, en algún rincón de mi sistema se combinaba mecánicamente la sensación especular (muñecos frente a muñecos) y la puesta en abismo (una función dentro de otra), todo al ritmo de un patético esquema de comportamiento común. La situación siguió extrañándose cuando supuse que en realidad eran los títeres quienes nos observaban a nosotros. Especialmente cuando algunos muñecos se quedaban callados esperando su parlamento, sin hacer nada, pasmados, como mirando hacia el público con sus ojos de vidrio. Por un momento nada parecía lo mismo. Fue como si, repentinamente, todo estuviera en peligro. Como si la realidad misma estuviera en juego. Pero ¿no era exactamente eso de lo que se trataba una función de títeres? Tuve que salir a tomar aire. Ya era de noche. Entre los arbustos del antejardín había una cajita de sorpresas semiaplastada, que exhibía parte de su contenido (caramelos y gomitas adheridas a una especie de animalito articulado). Prendí un cigarrillo, saludé a un vecino y volví a entrar al living. Esta vez me ubiqué más cerca del escenario y me senté en el suelo, al lado de la cumpleañera. Le palmoteé la espalda en señal de reconocimiento. Me miró con la cara del Conde Drácula. Levanté la vista hacia el escenario y fue entonces cuando lo vi, asomado apenas detrás de las cortinas.

Un zapato. Un zapato viejo con un chicle rosado que, como una lengua, sobresalía por debajo de la suela. El titiritero, sin darse cuenta, había dejado al descubierto un pedazo de su humanidad que nadie debería haber visto. Era lo único que faltaba para terminar de complicar las cosas ¡Había una persona que animaba todo aquello!

Estaba realmente allí, escondida en el bosque, desdoblada detrás de los muñequitos, cortando árboles, alimentando la hoguera, haciendo muecas y voces para todos nosotros. Cuando la función terminó, vinieron los aplausos y las cortinas se cerraron. Desde la oscuridad del bosquecito apareció, como por arte de magia, una gran torta en llamas.

Todos, perfectamente programados, comenzamos a cantar.

